

separaba el tálamo de SS. AA., de la parte en que fuimos recibidos como en un salon del trono. Yumbe-Sulí estaba efectivamente sentada en una alta poltrona, apoyando sus reales plantas en un cogin. Asistíanla dos damas nobles; á la derecha su vieja nodriza, á la izquierda su esclava confidente. La reina de este pequeño Estado vestia una estofa turca de tisú de seda y oro que la envolvía completamente. Solo era visible su mano, por cierto muy linda; pero á pesar de la máscara que en forma de diadema cubria su cabeza, bien se adivinaba el conjunto de sus facciones. Sus ojos llenos de dulce y melancólico esplendor, nos miraban de vez en cuando, y su boca, un tanto muella, entreabierta, triste, revelaba una mujer abatida, y una salud arruinada por el clima y las exhalaciones morbosas.

Yumbe-Sulí aparenta mas edad que la que tiene en efecto; cuando la ví á la luz para reproducir sus rasgos, la calculé unos treinta y cinco años lo menos, cuando solo tiene veinte y ocho.

Dos tiernos vástagos, bellos como dos soles, son los príncipes herederos que han de reinar despues de ella. El estado enfermizo de la madre, me hace presumir que no tendrán tiempo de llegar á la mayor edad.

Nuestra audiencia se dilató una media hora, y debimos á la real munificencia unos refrescos de agua de rosa que no olvidaré en toda mi vida.

La isla de Moheli me ha parecido la mas bella de las Comoras; es la mas pequeña, pero la mas florida. Innumerables plantaciones de cocos le dan el gracioso aspécto de las tierras tropicales; inmensos *boababs* elevan sus troncos magestuosos como gigantes pirámides; mil sendas y caminos atraviesan la isla en todas direcciones, y algunos riachuelos, precipitándose desde lo alto de las colinas, prodigan á este rincón de tierra, fresca apetezible en tan ardoroso clima, agua límpida y pura para beber y para baños naturales, donde nosotros nos refrescamos deliciosamente.

Moheli es una isla, donde quisiera uno vivir en la paz y el silencio, lejos de los hombres, contemplando siempre aquella naturaleza virgen y rodeado de aquel mar bermejo que hace del paraje un precioso oasis en su soledad inmensa.

No sin pesar la abandoné, por fin: debíamos tocar en Mayotta, volver á Nossi-be, Santa María y Tamatava; lo que exigía doce dias aun de navegacion antes de llegar á Saint-Denis de la Reunion, nuestra última etapa.



Carro de vela.

RELACION DEL VIAJE DE SHANG-HAI A MOSCOU,

POR PEKIN, LA MONGOLIA, Y LA RUSIA ASIATICA,

REDACTADA EN PRESENCIA DE LAS NOTAS DE MR. DE BOURBULON, MINISTRO DE FRANCIA EN CHINA Y DE MAD. DE BOURBULON.

POR MR. A. POUSIELGUE.

I.

SHANG-HAI.

El Mar Amarillo.—El Rio Azul.—Descripcion de Shang-Hai.—Los rebeldes tai-pings.—Asesinato de un misionero jesuita.—Sitio y defensa de la ciudad.—Los refugiados chinos.—Hambre.—El ejército rebelde se retira.—Escursion á la inmediaciones.—Pormenores de la vida de los europeos en Shang-Hai.—El campo de las corridas.—Recepciones.

Quando se penetra en el mar de la China hácia la paralela 31, llegando del Sur ó del Este, hiere la vista repentinamente el cambio de color de aquellas aguas, que perdiendo su limpia transparencia, aparecen tan limosas y espesas, que cree uno ir nave-

gando en una masa de légamo. Es el famoso Mar Amarillo, al que dan el tributo de sus aguas los dos grandes rios de la China, entre los 30 y 35 grados de latitud.

El mas considerable de estos rios es el Yang-tse-kiang ó Rio Azul, asi llamado sin duda por antitesis, y que da acceso al puerto de Shang-Hai, situado cerca de su embocadura en uno de sus afluentes, ó sea el rio de Guang-Pu.

Mr. Bourboulon, ministro de Francia en China, habia abandonado á Macao hácia fines de mayo de 1859 y fijado su residencia en Shang-Hai, para estar mas cerca del teatro de la guerra y de los acontecimientos diplomáticos que pudieran sobrevenir.

La falta de edificios convenientes para instalar la embajada en la *concesion francesa*, le habia decidido á alquilar una casa en la *concesion americana*, junto al puerto de desembarco.

Subiendo el Guang-Pu, caudal de agua de 600 metros lo menos de anchura, se pasa desde luego por delante de la ciudad de Gu-Sung, que ha venido á ser el depósito del comercio del opio: desde allí ya se puede descubrir la ciudad europea Shang-Hai, con sus altas casas de piedra, sus almacenes y los numerosos mástiles de las embarcaciones ancladas.

La ciudad europea se divide en tres partes: primero la *concesion americana*, separada por el riachuelo Su-Tcheu; luego la *concesion inglesa*, situada en el recodo del Guang-Pu; últimamente y mas arriba la *concesion francesa*, cuyo limite alcanza á las murallas de la ciudad china que se columbra en lontananza.

Todo este pais es estremadamente llano: en cuanto alcanza la vista, no se percibe el menor accidente en el terreno: el suelo, elástico como todos los que reposan sobre el agua, es una especie de agregacion del Rio Azul, formada por los sedimentos amontonados por sus cenagosas aguas.

Inmensos arrozales, canales llenos de agua fétida que nunca se renueva; calzadas tan estrechas que apenas ofrecen paso, algunos campos de algodon y mezquinos huertos, un sol en fin ardiente, abrasador, que poniendo en fermentacion tan sucios arrozales produce luego las fiebres, la disentería, el cólera; tal es la descripción, poco lisonjera, pero verídica del pais en que se alza Shang-Hai.

Sin embargo, y á pesar de tan desfavorables circunstancias, la moderna ciudad europea, fundada en 1846 está en vias de ser una de las mas grandes de Oriente. La poblacion aumenta de un modo inconcebible: las iglesias, las casas, los almacenes se elevan allí como por encanto, siendo hoy el centro de un gran comercio.

Los europeos que en ella residen, viven con mucha comodidad y aun con lujo; haciéndose allí fortunas fabulosas, merced al valor siempre creciente de los terrenos. Pero habiendo venido á establecerse en las concesiones extranjeras los chinos ricos, huyendo de los rebeldes tai-ping, se alquilan de 20 á 50,000 francos las casas á pesar de la multitud de nuevas construcciones. Y es que Shang-Hai, además de su magnífico puerto, está situada en un punto que no tiene rival, á la entrada del *Gran Rio* y del *Canal Imperial*, por medio de los cuales se alimenta todo el comercio de la China interior.

La ciudad china que cuenta, segun dicen, una poblacion de 300,000 almas, es fea y sucia; sin ostentar mas monumentos notables que sus murallas,

las cuales miden 24 pies de altura en una circunferencia de 6 á 7 kilómetros.

Mr. y Mad. Fourboulon se hallaban en Shang-Hai á la sazón en que la residencia de esta triste ciudad se habia hecho mas triste todavía por la presencia de los rebeldes, que la tenian sitiada casi siempre. Estos, formados en cuatro cuerpos distintos á las órdenes de dos jefes que se titulaban lugar-tenientes de Tai-ping-honang, pretendido descendiente de la dinastía de los Mings, devastaron toda la comarca.

La organizacion del pillaje y del asesinato por los tai-pings era verdaderamente notable. Cada uno de los cuatro cuerpos rebeldes, representados por otras tantas banderas, negra, roja, amarilla y blanca, tenia su especial mision, á saber:

La bandera negra estaba encargada de matar, la roja de incendiar, la amarilla de saquear y por medio de suplicios de obtener dinero de las víctimas, y la blanca de abastecer á las demás.

Ya se habian enseñoreado de la gran ciudad de Sou-Tcheu y de Kia-Hing, situada á 20 kilómetros de Shan-Hai, y sus partidas llegaban muy cerca de esta ciudad cuando salian á batir la campaña.

Pero dejaremos hablar á Mad. Bourboulon, quien ha consignado fielmente las violentas emociones que sufrieron entonces todos los residentes europeos.

*Sang Hai, 15 de agosto de 1860.

Vivimos en un perpétuo estado de alarma. Todos los dias veo desde mis ventanas pasar por el rio los cadáveres de los infelices sacrificados por los tai-ping. Estas horrosas señales anuncian la aproximacion de estos bárbaros.

Se espera de un momento á otro que la ciudad sea atacada.

Los rebeldes creen que las *concesiones europeas* guardan tesoros inmensos.

Preciso es convenir en que el momento estaria bien elegido para intentar un golpe de mano. La grande expedicion del Norte nos ha privado de las tropas que garantizaban nuestra seguridad; y habiendo ocupado tambien en los trasportes todos los barcos de guerra, solo nos quedan los estacionarios encargados de la policía del puerto.

La concesion francesa tiene por guarnicion algunos marinos desembarcados y enfermos del cuerpo expedicionario. La iglesia está igualmente defendida por algunas tropas; mas aquí en la americana estamos menos seguros. Sin embargo, se ha hecho lo posible. Los europeos se han armado formando un cuerpo de 150 hombres, y han levantado barricadas en las avenidas de los caminos y calles principales. El terror es general.

A cada instante llegan siniestras noticias de esos feroces salteadores. Los infelices aldeanos de los pue-

blo limitrofes, sorprendidos de noche por gavillas de 15 ó 20 hombres, despiertan á la luz de los incendios, dejándose degollar como corderos; porque matan sin piedad á niños, mujeres, ancianos.

Uno de nuestros padres jesuitas, sorprendido en su iglesia entre sus neófitos, ha sido asesinado por esos miserables con ferocidad inaudita; porque no habia podido aprontarles el dinero que por su rescate le exigieron.

Martirizan á sus víctimas lentamente, á puñaladas, á lanzazos, creyendo realizar así mas seguramente la exaccion de las supuestas riquezas; despues, y cuando en la esperanza de conservar la vida, entregan cuanto poseen, entonces las rematan.

Los comerciantes han hecho venir al puerto los barcos del opio que se estacionan ordinariamente en Wu-Sung; grandes buques chinos están amarrados en los muelles y delante de cada casa para trasportar por el rio en caso de necesidad á la poblacion europea bajo la proteccion de los cañones de los navíos de guerra: estos tienen á bordo en depósito el dinero de los bancos, la vagilla y las alhajas de los particulares.

Toda esta agitacion, estos preparativos de defensa ó de huida, dan un aspecto singular á la ciudad: los arreos militares de algunos de nuestros paisanos darian risa, si fuera posible reir en tan criticos momentos.

Acaso quedemos libres despues de un pánico de algunos dias. Todavía no se han presentado mas que pequeñas partidas de rebeldes á estos alrededores: el grueso de sus fuerzas está acampado en Kia-Hing hace algunas semanas, sin hacer movimientos ofensivos. No puedo creer que los tai-ping tengan la audacia de atacar á los europeos: aun cuando les fuera preciso por carecer de víveres, irian á asolar otra comarca.

18 de agosto, al medio dia.

Un confuso rumor de gritos agudos y lúgubres ha venido á sorprendernos esta mañana.

Las gentes del campo huyen delante de los rebeldes, cuyo ejército, puesto ya en movimiento, marcha sobre Shang-Hai.

Nada puede dar una idea de este ruido sordo y siniestro que se oye sin cesar: los desgraciados labriegos chinos vienen aquí buscando un asilo que, como ellos saben muy bien, no se les negará.

La ciudad está llena de gente que acampa por todas partes, en las calles, en los zaguanes, en los fosos, bajo los árboles...

¡Qué espectáculo tan lastimero el amontonamiento de estos infelices, precisados á abandonar sus albergues y sus cosechas, que un enemigo implacable va á reducir á cenizas! Y ¡cómo alimentar á tantos menesterosos, cuando nos van á sitiar!

Mi esposo ha solicitado se le envíen 20 marinos para defender la legacion, resuelto como está á no entregarla á los rebeldes. En caso de necesidad, un barco me trasportará á mí á la concesion inglesa, que está mas fortificada y mejor defendida.

18 de agosto, por la noche.

El ataque ha tenido al fin lugar y las violentas peripecias del dia tuvieron tambien su desenlace.

Solo á la ciudad china han osado atacar los rebeldes. Desde luego intentaron escalar los muros por el lado opuesto al rio, pero las milicias chinas, sostenidas por algunos de nuestros hombres, los rechazaron: una cañonera inglesa les dirigia por cima de la ciudad sus tiros, tan exactos y certeros, que tuvieron que renunciar al ataque. Renováronlo al oscurecer por la parte de la concesion francesa; pero no han podido posesionarse de los arrabales, destruidos anticipadamente de intento, y han sido rechazados con grandes pérdidas.

¡Qué dia he pasado! Y ¡qué guerra esta que es preciso sostener contra enemigos salvajes, á cuya victoria seguirian escesos que horroriza el pensarlos!

30 de agosto.

El ejército rebelde parece haber renunciado al fin al ataque de Sang-Hai, y se ha retirado hácia Son-Tcheu, pero sus partidas sueltas siguen batiendo la campaña.

Nadie se atreve aun á salir de la ciudad y nosotros permanecemos alerta con nuestros voluntarios y nuestras barricadas... en estado de sitio en fin.

¿Qué vamos á hacer de los 50,000 refugiados chinos que llenan nuestras calles? Los víveres se han encarecido tanto, que es imposible adquirirlos sin sacrificios. Estamos amenazados del hambre con todos sus horrores.

Se ha abierto una suscripcion permanente para socorrer á estos desgraciados. Este arbitrio produce 20,000 taéles al mes (unos 160,000 francos), lo que permite distribuir entre ellos algunos granos de arroz para que no perezcan de hambre. Dícese, sin embargo, que algunos no han sido socorridos. ¿Qué habrá sido de estos infelices?

El terror inesplicable que causa á los chinos pacíficos, la proximidad de los rebeldes, prueba mejor que todos los razonamientos las atrocidades de que se hacen culpables; porque este pueblo está acostumbrado desde muchos siglos há á una opresion despótica y doblega la cerviz sin resistencia ante todas las tiranías.

Esto condena á los apologistas de los tai-ping, que han creído ver en ellos á los futuros regeneradores de la China y poderosos iniciadores del cristianismo...

Lo que acabo de ver me ha trastornado.
Me he atrevido á ir á misa: al volver he atravesado á pie el *bund* (1), que va á lo largo del río y estaba lleno de refugiados.

Girones de tela cosidos sobre cortinillas de rotos carros, abrigaban á los mas afortunados; la multitud estaba acostada confusamente en el suelo. Unos escuchaban con avidez, buscando por todas partes los



Campeños chinos refugiados en Shang-Hai.

restos de los alimentos mas inmundos; otros, inmóviles como muertos, dormían un sueño pesado; otros, en fin, reían solitariamente con esa risa triste y convulsiva de la desesperacion.
Y la estatua de la desesperacion parecia una mujer pálida, sola, que se apoyaba en un árbol. Era una

(1) Calzada ó camino empedrado que sirve de calle en Shang-Hai.

madre, y mujer sin duda de algun labrador acomodado, por cuanto vestia con cierto gusto y limpieza. Seis pequeñuelos, hijos suyos, agonizaban delante de ella. Me aproximé á tan triste cuadro y

osé hablar á la mujer. Ni siquiera percibí el mas leve movimiento de músculos en su enjuto rostro: sus ojos velados, sombríos, secos, parecían mirar á otra parte; sin duda por su imaginacion pasaba alguna



Guardias de corps del rey de los Tai-ping.

escena de horror, de que se habia librado, pero en que habia perdido á parte de su familia.

No he podido sacarle una palabra, y despues de haber vaciado mi bolsillo en su falda, he echado á correr tapándome los ojos por no verla.

...Acabo de enviar un criado con caldo, arroz y pan á aquella desdichada madre... habia muerto ya con su hijo menor en los brazos. Los otros no han sido hallados entre aquella innumerable multitud.

TOMO II.

22 de octubre.

Respiramos al fin. Los rebeldes han sido rechazados de Kia-Hing. Han llegado tropas europeas, y la ciudad ha vuelto á tomar su anterior aspecto.

Ayer fué á dar un paseo á pie á 2 ó 3 kilómetros de Sang-Hai. Aquí no se puede ir á caballo ni en carruaje á causa de la estrechez de los caminos empedrados, en que apenas pueden marchar de frente dos personas: alrededor hay grandes charcos ó pan-

20